

veces al Museo; pero no lo había visto hasta ahora.»

Gustaba yo de enseñarle todo prácticamente usando ejemplos siempre que no tenía á mi disposición la realidad viva, esa consumada doctora que tiene por cátedra el mundo y por libros sus infinitos fenómenos. En la esfera moral, la experiencia ha hecho más adeptos que los sermones, y la desgracia más cristianos que el Catecismo. Si quería imbuirle algún principio artístico, procuraba hacerlo delante de una obra de arte. En lo moral, empleaba apólogos, parábolas y hasta demostraciones materiales, y los fenómenos del orden físico los explicaba, siempre que podía, delante del fenómeno mismo. Esta era la parte más débil de mi pedagogía, porque, no poseyendo sino lo rudimentario, mis enseñanzas se concretaban á los hechos meteorológicos, y á trazar de ligero, como quien corre sobre ascuas, la monografía del rayo, de la lluvia, de la nieve, con un poquito de arco iris y algunos pases de auroras boreales. No me gustaba mucho meterme en estas averiguaciones.

Yo era feliz con esta vida, y veía con gozo aumentar el afecto que me tenía mi discípulo. ¡Qué grandes victorias había alcanzado yo sobre sus voluntariedades, sobre las rebeldías y asperezas de su carácter! Pero de esto hablaré más adelante. Ahora, para que no se crea que en mi vida todo era rosas, hablaré de algunas molestias y sinsabores, dando la preferencia á una persona, á un cínife que frecuentemente interrumpía la paz de mis estudios con sus visitas, y chupaba la sangre acuñada de mis bolsillos, después de zumbarme y marearme con insufrible charla y aguda trompetilla. Me refiero á la infe-

liz señora de García Grande, unida siempre en mi memoria al tierno recuerdo de mi madre, que, inspirada de su inagotable bondad, me dejó este legado, este censo, esta fastidiosa carga, contribución de sangre, dinero, tiempo y paciencia.

V

¿Quién podrá pintar á doña Cándida?

Nadie, absolutamente nadie. Pero como *el intentar solo es heroísmo*, voy á ser héroe de esta empresa pictórica, que estaba guardada para mí desde que el tal cínife describió su primera curva graciosa en el aire y halagó la humana oreja con el *do* sobreagudo de su trompetilla. Doña Cándida era viuda de García Grande, personaje que desempeñó segundos ó terceros papeles en el período político llamado de la Unión liberal. Era de estos que no fatigan á la posteridad ni á la fama, y que al morir se reciben el frío homenaje de los periódicos del partido y son llamados *probos, activos, celosos, concienzudos, inteligentes* ó cosa tal. García Grande había sido hombre de negocios, de estos que tienen una mano en la política menuda y otra en los negocios gordos, un *bifronte* de esta raza inextinguible y fecundísima, que se reproduce y se cría en los grandes sedimentos fungulares del Congreso y la Bolsa; hombre sin ideas, pero dotado de buenas formas, que suplen á aquéllas; apetitoso de riquezas fáciles; un sargentuelo de las pandillas que se forman con las subdivisiones

parlamentarias; una nulidad barnizada, agiotista sin genio, orador sin estilo y político sin tacto, que no informaba, sino decoraba las situaciones; substancia antropomórfica, que bajo la acción de la política apareció cristalizada de distintas maneras, ya como gobernador de provincia, ya como administrador de patronatos, ahora de director general, después de gerente de un desbancado Banco ó de un ferrocarril sin carriles.

En estos trotes, García Grande, cuya determinación psicofísica acusaba dos formas primordiales, linfatismo y vanidad, derrochó su fortuna, la de su mujer, y parte no chica de varios patrimonios ajenos, porque una Sociedad anónima para asegurarnos la vida, de que fué director-gerente, arrambló con las economías de media generación, y allá se fué todo al hoyo. Decían que García Grande era honrado, pero débil. ¡Qué gracia! La debilidad y la honradez están siempre mal avenidas, así como la humildad evangélica y el amor á los semejantes suelen andar á la greña con aquel vigor de carácter que el manejo de fondos propios y particulares exige.

Sirva de disculpa á García Grande, aunque no de consuelo á los que aseguraron sus vidas en él, la afirmación de que su eminente esposa era un ser providencial, hecho de encargo y enviado por Dios sobre las Sociedades anónimas (¡designios misteriosos!) para dar en tierra con todos los capitales que se le pusieran delante y aun con los que se le pusieran detrás; que á todas partes convertía sus destructoras manos aquella bendita dama. Jamás vió Madrid mujer más disipadora, más apasionada del lujo, más frenética

por todas las ruinosas vanidades de la edad presente.

Mi madre, que la conoció en sus buenos tiempos, allá en los días, no sé si dichosos ó adversos, del consolidado á 50, de la guerra de Africa, del *no* de Negrete, de las millonadas por ventas de bienes nacionales, del ensanche de la Puerta del Sol, de Mario y la Grissi, de la omnipotencia de O'Donnell y del Ministerio largo; mi madre, repito, que fué muy amiga de esta señora, me contaba que vivía en la opulencia relativa de los ricos de ocasión. A su casa (una de las que fueron derribadas detrás de la Almudena para prolongar la calle de Bailén) iba mucha gente á comer, y se daban saraos y veladas, tes, merendonas y asaltos. Las pretensiones aristocráticas de Cándida eran tan extremadas, que mientras vivió García Grande no dejó de atosigarle para que se proporcionase un título; pero él se mantuvo firme en esto, y conservando hacia la aristocracia el respeto que se ha perdido desde que han empezado á entrar en ella á granel todos los ricos, no quiso adquirir título, ni aun de los romanos, que, según dicen, son muy arreglados.

Si mientras duraron los dineros la vanidad y disipación de Cándida superaban á los derroches de la marquesa de Tellería, en la adversa fortuna ésta sabía defenderse heroicamente de la pobreza y enmascarar de dignidad su escasez, mientras que la amiga de mi madre hacía su papel de pobre lastimosamente, y puesto el pie en la escala de la miseria, descendió con rapidez hasta un extremo parecido á la degradación. La de Tellería tenía ciertos hábitos, ciertas delicadezas nativas que le ayudaban á disimular los

quebrantos pecuniarios; mas doña Cándida, cuya educación debió de ser perversa, no sabía envolver sus apuros en el cendal de nobleza y distinción que era en la otra especialidad notoria. Veinte años después de muerto su marido, y cuando doña Cándida, sin juventud, sin belleza, sin casa ni rentas, vivía poco menos que de limosna, no se podía aguantar su enfático orgullo, ni su charla llena de pomposos embustes. Siempre estaba esperando el alza para vender unos títulos...; siempre estaba en tratos para vender no sé qué tierras situadas más allá de Zamora...; se iba á ver en el caso doloroso de malbaratar dos cuadros, uno de Ribera y otro de Pablo de Voss, un apóstol y una cacería... Títulos, ¡ah!, tierras, cuadros, estaban sólo en su mente soñadora. No abría la boca para hablar de cosa grave ó insignificante sin sacar á relucir nombres de marqueses y duques.

En toda ocasión salía su dignidad; de su infeliz estado hacía ridícula comedia, y lo que llamaba su decoro era un velo de mentiras mal arrojado sobre lastimosos harapos. Tan transparente era el tal velo, que hasta los ciegos podían ver lo que debajo estaba. Pedía limosna con artimañas y trampantojos, poniéndose con esto al nivel de la pobreza justificable. Yo la conocía en el modo de tirar de la campanilla cuando venía á esta casa. Llamaba de una manera imperiosa; decía á la criada: «¿Está ése?», y se colaba de rondón en mi cuarto, interrumpiéndome en las peores ocasiones, pues la condenada parece que sabía escoger los momentos en que más anheloso estaba yo de soledad y quietud. Conociendo mi flaqueza de coleccionar cachivaches, mi enemiga traía siempre una porcela-

na, estampa ó fruslería, y me las mostraba diciéndome:

«A ver, ¿cuánto te parece que darán por esto? Es hermosa pieza. Sé que la marquesa de X daría diez ó doce duros; pero si lo quieres para tu coleccioncita, tómallo por cuatro, y dame las gracias. Ya ves que por ti sacrifico mis intereses... una cosa atroz.»

Me entraban ganas de ponerla en la calle; pero me acordaba de mi buena madre y del encargo solemne que me hizo poco antes de morir. Doña Cándida había tenido con ella, en sus días de prosperidad, exquisitas deferencias. Además de esto, García Grande, director de Administración local en 1859, salvó á mi padre de no sé qué gravísimo conflicto ocasionado por cuestiones electorales. Mi madre, que en materias de agradecimiento alambicaba su memoria para que ni en la eternidad se le olvidase el beneficio recibido, me recomendó en sus últimas horas que por ningún motivo dejase de amparar como pudiese á la pobre viuda. Comprábale yo las baratijas; pero ella, con ingenio truhanesco, hallaba medio de llevárselas juntamente con el dinero. Variaba con increíble fecundidad los procedimientos de sus feroces exacciones. A lo mejor entraba diciendo:

«¿Sabes? Mi administrador de Zamora me escribe que para la semana que entra me enviará el primer plazo de esas tierras... ¿Pero no te he dicho que al fin hallé comprador? Sí, hombre; atrasado estás de noticias... ¡Y si vieras en qué buenas condiciones!... El duque X, mi colindante, las toma para redondear su finca del Espigal... En fin, tengo que mandar un poder y hacer varios documentos, una cosa atroz... Préstame

mil reales, que te los devolveré la semana que entra sin falta.»

Y luego, por disimular su ansiedad de metálico, tomaba un tonillo festivo y de *gran mundo*, exclamando:

«¡Qué atrocidad!... Parece increíble lo que he gastado en la reparación de los muebles de mi sala... Los tapiceros del día son unos bandidos... Una cosa atroz, hijo... ¡Ah! ¿No te lo he dicho? Sí, me parece que te lo he dicho...»

— ¿Qué, señora?

— Que entre mi sobrina y yo te estamos bordando un almohadón. Como para ti, hombre. Es atroz de bonito. La condesa de H y su hija la vizcondesa de M lo vieron ayer y se quedaron encantadas. Por cierto que desean conocerte. Yo les dije que tú no vas á ninguna parte, que no piensas más que en tus libros y en tus discípulos. Conque adiós, hijo; que lo pases bien.»

Hacía que se marchaba, fingiendo una distracción de buen tono, y á mí me parecía que veía el cielo abierto mirándola partir; mas desde la puerta volvía, diciendo:

«¡Ah! ¡Qué cabeza la mía!... ¿Me das ó no esos mil reales? La semana que viene te podré entregar un par de mil duros, si te hacen falta para tus negocios... No, no me lo agradezcas... Si me haces un gran favor... ¿Dónde hallaría mayor seguridad para colocar mi dinero?»

— A mí no me hace falta nada — le decía yo.

Veníanseme á la boca las palabras: «vaya usted noramala, señora»; pero calculando que me pedía para el casero ó para otra urgente necesidad, cedían mis ímpetus egoístas ante mi generosa flaqueza y el recuerdo de mi madre, y le daba la mitad de lo pedido.

No pasaba el mes sin que volviese trayéndome un viejo reloj ó miniatura antigua de escaso mérito.

«Me vas á hacer un favor. Acepta esto en memoria mía. ¡Si vieras qué enferma estoy, una cosa atroz!... Un estado nervioso... Yo no sé cómo explicártelo. Ni yo lo entiendo, ni los médicos tampoco. Cuando voy por la calle, parece que se derrumban sobre mí las paredes de las casas... ¡Hace tantísimas noches que no duermo! No como más que alguna pechuguita de chocha, una tostadita con *foie-gras*, y á veces media copita de Chablis.»

Yo, que sabía cómo se alimentaba la cuitada, no podía contener la risa.

«Para distraerme — continuaba —, estuve anoche en el Real. Me subí al paraíso, porque no tenía ganas de vestirme. Desde arriba vi á la duquesa de Tal en su palco. Acaba de llegar de París... Conque volviendo á lo de antes: te regalo esos objetos preciosos, porque yo me muero, hijo, me muero sin remedio, y quiero dejarte esa memoria; son piezas de tan raro mérito, que el anticuario de la Carrera de San Jerónimo me ha ofrecido dos mil reales por ellas.

— Pues llévelas usted al anticuario y cobre los dos mil, que no le vendrán mal.

— No me hagas ese desaire, hombre... ¡qué atrocidad! Acuérdate de tu buena madre que tanto me quiso.»

Se empeñaba en afligirse, y tan bien sabía desempeñar su papel, que concluía por obsesarme con una lágrima.

«Cercana á la tumba — decía con patética voz —, parece que se enardecen mis afectos y que te quiero más, una cosa atroz... Adiós, hijo mío.»

Levantábase pesadamente; pero al dar los primeros pasos hacia la puerta, se metía las manos en el bolsillo, lanzaba una exclamación de contrariedad y sorpresa, y decía:

«¡Vaya... qué cabeza! ¡Qué atrocidad! ¿Pues no se me ha olvidado el portamonedas?... Y tenía que ir á la botica. Tendré que volver á casa y subir los noventa escalones... ¡Qué mala estoy, Dios mío! Dime, ¿tienes ahí tres duros? Te los mandaré esta tarde con Irenilla.»

Se los daba. ¿Qué había de hacer? Pero un día de los muchos en que me embistió con esta estratagema, no pude contener el enfado y dije á mi cínife:

«Señora, cuando usted tenga falta, pídamela con verdad y sin comedias, pues tengo el deber de no dejarla morir de hambre... Me gusta la verdad en todo, y las farsas me incomodan.»

Ella lo tomó á risa, diciéndome que mis bromas le hacían gracia, que su dignidad... ¡una cosa atroz! y no sé qué más.

Después que le eché tal filípica, parecióme que había estado un poco fuerte, y sentí vivos remordimientos, porque la pobreza tiene sin duda cierto derecho á emplear para sus disimulos los medios más extraños. La indigencia es la gran propagadora de la mentira sobre la tierra, y el estómago la fantasía de los embustes.

Doña Cándida había sido hermosa. En la primera etapa de su miseria había defendido sus facciones de la lima del tiempo; pero ya en la época esta de las visitas y de los ataques á mi mal defendido peculio, la vejez la redimía del cuidado de su figura, y no sólo había colgado los pinceles, sino que ni aun se arreglaba con aquel esmero que más bien corresponde á la

decencia que á la presunción. Deplorable abandono revelaban su traje y peinado, hecho de varios *crepés* de diferentes colores, añadidos y pelotas como de lana, aspirando el conjunto á imitar la forma más en moda. Así como en su conducta no existía la dignidad de la pobreza, en su vestido no había el aseo y compostura, que son el lujo, ó mejor dicho, el decoro de la miseria. El corte era de moda, pero las telas ajadas y sucias declaraban haber sufrido infinitas metamorfosis antes de llegar á aquel estado. Prefería guñapos de un viso elegante á una falda nueva de percal ó mantón de lana. Tenía un vestido color de pasa de Corinto, que lo menos databa de los tiempos de la Vicalvarada, y que con las transformaciones y el uso se había vuelto de un color así como de caoba, con ciertos tornasoles, vetas ó ráfagas que le daban el mérito de una tela rarísima y milagrosa.

Usaba un tupido velo que á la luz solar ofrecía todos los cambiantes del iris, por efecto de los corpúsculos del polvo que se habían agarrado á sus urdimbres. En la sombra parecía una masa de telarañas que velaban su frente, como si la cabeza anticuada de la señora hubiera estado expuesta á la soledad y abandono de un desván durante medio siglo. Sus dos manos, con guantes de color de ceniza, me producían el efecto de un par de garras, cuando las veía vueltas hacia mí, mostrándome descosidas las puntas de la cabritilla y dejando ver los agudos dedos. Sentía yo cierto descanso cuando las veía esconderse por las dos bocas de un manguito, cuya piel parecía haber servido para limpiar suelos.

De perfil tenía doña Cándida algo de figura romana. Era mi cínife muy semejante al Marco

33761

Aurelio de yeso que figuraba con los otros *padrotes* sobre mi estantería. De frente no eran tan perceptibles las reminiscencias de su belleza. Brillaba en sus ojos no sé qué avidez insana, y tenía sonrisas antipáticas, propiamente secuestradoras, con más un movimiento de cabeza siempre afirmativo, el cual, no sé por qué, me revelaba incorregible prurito de engañar. La finura de sus modales era otra reminiscencia que la hacía tolerable, y á veces agradable, si bien no tanto que me hiciera desear sus visitas. El parecido con Marco Aurelio, que yo hice notar cierto día á mi discípulo, fué causa de que éste la diese aquel nombre romano; pero después, confundiendo maliciosamente aquel emperador con otro, la llamaba *Caligula*.

Impresionada sin duda por la filípica que le eché aquel día, varió de sistema. Larga temporada estuvo sin visitarme, ó lo hacía contadas veces; pero no me pedía dinero verbalmente. Para darme los golpes se valía de su sobrina, á quien mandaba á mi casa, portadora de un papelito pidiéndome cualquier cantidad con esta fórmula: «Haz el favor de prestarme tres ó cuatro duros, que te devolveré la semana que entra.»

Las semanas de doña Cándida se componían, como las de Daniel, de setenta semanas de años ó poco menos.

El sistema de poner el sablote en las inocentes manos de una niña, era prueba clara de la astucia y sagacidad de la vieja, porque, conociendo mi grande amor á la infancia, calculaba que era imposible la negativa. Y tenía razón la maldita; porque cuando yo veía entrar á la postulante alargándome el papelito sin rodeos ni

socaliñas, ya estaba echando mano á mi bolsillo ó á la gaveta para adelantarme á la acción de la pobre niña y evitarle la pena de dar el fastidioso recado.

VI

Se llamaba Irene.

Su palidez, su mirada un tanto errática y ansiosa, que parecía denotar falta de nutrición; su actitud cohibida y pudorosa, como si le ocasionaran vivísimo disgusto las comisiones de su tía, me inspiraban mucha lástima. Así es que además de la limosna, yo solía tener en mi mesa algún repuesto de golosinas. Presumiendo que rara vez tendrían satisfacción en ella los vehementes apetitos infantiles, dábale aquellas golosinas sin hacerla esperar, y ella las cogía con ansia no disimulada, me daba tímidamente las gracias, bajando los ojos, y en el mismo instante empezaba á comérselas. Sospeché que este apresuramiento en disfrutar de mi regalo, era por el temor de que si llegaba á su casa con caramelos ó dulces en el bolsillo, doña Cándida querría participar de ellos. Más adelante supe que no me había equivocado al pensar de este modo.

Me parece que la veo junto á mi mesa escudriñando libros, cuartillas y papeles, y leyendo en todo lo que encontraba. Tenía entonces doce años y en poco más de tres había vencido las dificultades de los primeros estudios en no sé qué colegio. Yo la mandaba leer, y me asombraba su entonación y seguridad, así como lo

bien que comprendía los conceptos, no extrañando palabra rara ni frase obscura. Cuando le rogaba que escribiese, para conocer su letra, ponía mi nombre con elegantes trazos de caligrafía inglesa, y debajo añadía *catedrático*.

Hablando conmigo y respondiendo á mis preguntas sobre sus estudios, su vida y su destino probable, me mostraba un discernimiento superior á sus años. Era el bosquejo de una mujer bella, honesta, inteligente. ¡Lástima grande que por influencias nocivas se torciese aquel feliz desarrollo ó que se malograra antes de llegar á conveniente madurez! Pero en el espíritu de ella noté yo admirables medios de defensa y energías embrionarias, que eran las bases de un carácter recto. Su penetración era preciosísima, y hasta demostraba un conocimiento no superficial de las flaquezas y necedades de doña Cándida. Solía contarme con gracioso lenguaje, en el cual el candor infantil llevaba en sí una chispa de ironía, algunos lances de la pobre señora, sin faltar al respeto y amor que le tenía.

La compasión que esta criatura me inspiraba, crecía viéndola mal vestida y peor calzada. Durante muchos meses, que ahora se me representan años, vi en ella un chabacano sombrero de paja, una especie de cesta deforme y abollada, con una cinta pálida, como el propio rostro de Irene, que caía por un lado del modo menos gracioso que puede imaginarse. Todo lo demás de su vestimenta era marchito, ajado, viejo, de tercera ó cuarta mano, con disimulos aquí y allí que aumentaban la fealdad. Tanto me desagradaba ver en sus pies unas botas torcidas, grandonas, destaconadas, que determiné cambiarle aquellas horribles lanchas por un par de

botinas elegantes. Entregarle el dinero habría sido inútil, porque doña Cándida lo hubiera tomado para sí. Mi diligente ama de llaves se encargó de llevar á Irene á una zapatería, y al poco rato me la trajo perfectamente calzada. Como le vi lágrimas en los ojos, creí que las botinas, por ser nuevas, le apretaban cruelmente; pero ella me dijo que no, y que no. Y para que me convenciera de ello se puso á dar saltos y á correr por mi cuarto. Riendo, se le secaron las lágrimas.

Algunos días el papelito, después de la petición de dinero, traía esta nota:

«Te ruego que proporciones á Irene una Gramática.»

Y en otra ocasión:

«Irene tiene vergüenza de pedirte un libro bonito que leer. A mí mándame una novela interesante ó, si lo tienes, un tomo de causas célebres.»

Lo de los libros para Irene lo atendía yo con muchísimo gusto. Pero su palidez, su mirada afanosa me revelaban necesidades de otro orden, de esas que no se satisfacen con lecturas ni admiten sofismas del espíritu: la necesidad orgánica, la imperiosa ley de la vida animal, que los hartos cumplimos sin poner atención en ello ni cuidarnos del sufrimiento con que la burlan ó la trampean los menesterosos. ¡Cosa, en verdad, tristísima! Irene tenía hambre. Convencíme de ello un día haciéndola comer conmigo. La pobrecita parecía que había estado un mes privada de todo alimento, según honraba los platos. Sin faltar á la compostura, comió con apetito de gorrión, y no se hizo mucho de rogar para llevarse, envueltos en un papel, los postres

que sobraron. De sobremesa parecía como avergonzada de su voracidad; hablaba poco, acariaba al gato, y después me pidió un libro de estampas para entretenerse.

Era niña poco alborotadora y que no gustaba de enredar. Fuera de aquella ocasión de las botas, nunca la vi saltando en mi cuarto, ni metiendo bulla. Generalmente se sentaba callada y juiciosa como una mujer, ó miraba una tras otra las láminas colgadas en la pared, ó pasaba revista á los rótulos de la biblioteca, ó cogía, previo permiso mío, cualquier librote de ilustraciones ó viajes para recrearse en los grabados. Tanto respeto me tenía, que ni aun se atrevía á preguntar, como otros niños: «¿Qué es esto, qué es lo otro?» O lo adivinaba todo, ó se quedaba con las ganas de saberlo.

El día de mi santo vino á traerme una relojera bordada por ella, y, ¡caso inaudito!, aquel día, por consideración especial del cínife, no trajo papelito. En otras solemnidades me obsequió con varias cosillas de labores y una cajita de papel-cañamazo, que no conservo aún porque un día la cogió el gato por su cuenta y me la hizo pedazos. Yo correspondí á las finezas de Irene y á la compasión que me inspiraba comprándole un vestidillo.

Esta inteligente y desgraciada niña no era sobrina de doña Cándida, sino de García Grande. Sus padres habían estado en buena posición. Quedó huérfana en vida del esposo de doña Cándida, el cual la trató como hija. Vino el desastre con la muerte del asegurador de vidas; pero, afortunadamente, Irene no estaba en edad de apreciar el brusco paso de la bienandanza á la adversidad. Conservóla á su lado mi cínife,

por no tener la criatura otros parientes. Y yo pregunto: ¿fué un mal ó un bien para Irene haber nacido entre escaseces y haber educado en esa negra academia de la desgracia que á muchos embrutece y á otros depura y avalora, según el natural de cada uno? Yo le preguntaba si estaba contenta de su suerte, y siempre me respondía que sí. Pero la tristeza que despedían, como cualidad intrínseca y propia, sus bonitos ojos, aquella tristeza que á veces me parecía un efecto estético, producido por la luz y color de la pupila, á veces un resultado de los fenómenos de la expresión, por donde se nos transparentan los misterios del mundo moral, quizás revelaba uno de esos engaños cardinales en que vivimos mucho tiempo, ó quizás toda la vida, sin darnos cuenta de ello.

A medida que el tiempo pasaba y que Irene crecía, escaseaban sus visitas, lo que no significaba mejoramiento de fortuna de doña Cándida, sino repugnancia de Irene á desempeñar las innobles misiones de la esquelita de petitorio. Desarrollado con la edad su amor propio, la pequeña venía á mi casa sólo para las exacciones de cuantía, y las menudas las hacía la criada. Por último, rodando insensiblemente el tiempo, llegó un día en que todas las comisiones las desempeñaba la criada. Dejé de ver á la sobrina de mi cínife, aunque siempre por éste y por la muchacha tenía noticias de ella. Supe, al fin, con injustificada sorpresa, que llevaba traje bajo, cosa muy natural, pero que á mí me pareció extraña, por este rutinario olvido en que vivimos del crecimiento de todas las cosas y la marcha del mundo. Me agradó mucho saber que Irene había entrado en la Escuela Normal de

Maestras, no por sugerencias de su tía, sino por idea propia, llevada del deseo de labrarse una posición y de no depender de nadie. Había hecho exámenes brillantes y obtenido premios. Doña Cándida me ponderaba los varios talentos de su sobrina, que era el asombro de la escuela, una sabia, una filósofa, en fin, una *cosa atroz*...

Esta parte de mi relato viene á caer hacia 1877. En este año me mudé de la sosegada calle de Don Felipe á la bulliciosa del Espíritu Santo, y poco después conocí á doña Javiera, y empecé la educación de Manuel Peña, con todo lo demás que, sacrificando el orden cronológico al orden lógico, que es el mío, he contado antes. El tiempo, como reloj que es, tiene sus arbitrariedades; la lógica, por no tenerlas, es la llave del saber y el relojero del tiempo.

VII

Contento estaba yo de mi discípulo.

Porque algunas de sus brillantes facultades se desarrollaban admirablemente con el estudio, mostrándome cada día nuevas riquezas. La Historia le encantaba y sabía encontrar en ella las hermosas síntesis que son el principal hechizo y el mejor provecho de su estudio. En lo que siempre le veía premioso era en expresar su pensamiento por la escritura. ¡Lástima grande que pensando tan bien y á veces con tanta agudeza y originalidad, careciese de estilo, y que teniendo el don de asimilarse las ideas de los

buenos escritores, fuese tan refractario á la forma literaria! Yo le mandaba que me hiciese Memorias sobre cualquier punto de Historia ó de Economía. Escritas en breve tiempo, me las leía, y admirando en ellas la solidez del juicio, me exasperaba lo tosco y pedestre del lenguaje. Ni aun pude corregir en él las faltas ortográficas, aunque á fuerza de constancia, mucho adelanté en esto.

Para que se comprenda el tipo intelectual de mi discípulo, faltaba sólo un detalle, que es el siguiente: mandábale yo que aquello mismo tan bien pensado en las Memorias y tan perversamente escrito, me lo expresase en forma oral, y aquí era de ver á mi hombre transformado, dueño de sí, libre y á sus anchas, como quien se despoja de las cadenas que le oprimían. Poníase delante de mí, y con el mayor despejo me pronunciaba un discurso en que sorprendían la abundancia de ideas, el acertado enlace, la gradación, el calor persuasivo, la afluencia seductora, la frase incorrecta, pero facilísima, engañadora, llena de sonoridades simpáticas.

«Vamos — le dije con entusiasmo un día —. Está visto que eres orador, y si te aplicas llegarás adonde han llegado pocos.»

Entonces caí en la cuenta de que su verdadero estilo estaba en la conversación, y de que su pensamiento no era susceptible de encarnarse en otra forma que en la oratoria. Ya empezaba á brillar en el diálogo su ingenio un tanto paradójico y controversista, y le seducían las cuestiones palpitantes y positivas, manifestando hacia las especulativas repugnancia notoria. Esto lo vi más claro cuando quise enseñarle algo de Filosofía. Trabajo inútil. Mi buen Manolito los

tezaba, no comprendía una palabra, no fijaba su atención, hacía pajaritas, hasta que no pudiendo soportar más su aburrimiento, me suplicaba por amor de Dios que suspendiese mis explicaciones, porque se ponía malo, sí, se ponía nervioso y febril.

Tan enérgicamente rechazaba su espíritu esta clase de estudios, que, según decía, mi primera explicación sobre la *indagación de un principio de certeza* había producido en su entendimiento efecto semejante al que en el cuerpo produce la toma de un vomitivo. Yo le instaba á reflexionar sobre la *unidad real entre el ser y el conocer*, asegurándole que cuando se acostumbra á los ejercicios de la reflexión, hallaría en ellos indecibles deleites; pero ni por esas. Él sostenía que cada vez que se había puesto á reflexionar sobre esto ó sobre la *conformidad esencial del pensamiento con lo pensado*, se le nublaba por completo el entendimiento, y le entraba un dolor de estómago tan pícaro, que suspendía las reflexiones y cerraba maquinalmente el libro.

¡Refractario á la filosofía, rebelde al estilo! ¡Pobre Manolito Peña! Si á medida que se rebelaba contra la enseñanza filosófica no me hubiera asombrado con sus progresos en otros ramos del saber, mucho habría perdido el discípulo en el concepto del maestro. Lo único que pude conseguir de él en esta materia fué que pusiese alguna atención en la historia de la filosofía, pero mirándola más como un tema de curiosidad y erudición que como objeto de conocimiento sistemático y de ciencia. Me enojaba que Manuel se educase así en el escepticismo. Grandes esfuerzos hice para evitarlo; pero con ellos aumentaba su aversión á lo que él llamaba la *Teología*

sin Dios. Ya por entonces gustaba de condenar ó ensalzar las cosas con una frase picante y epigramática. Era á veces oportunísimo, las más paradójico; pero esta manera de juzgar con epigramas las cosas más serias priva tanto en nuestros días, que casi casi se podía asegurar que mi discípulo, poseyendo aquella cualidad, remataba y como que ponía la veleta al gallardo edificio de sus aptitudes. Observando éstas, viendo lo que á Manuel faltaba, y lo que en grado tan excelso tenía, me preguntaba yo: «Este muchacho, ¿qué va á ser? ¿Será un hombre ligero, ó el más sólido de los hombres? ¿Tendremos en él una de tantas eminencias sin principios, ó la personificación del espíritu práctico y positivo?» Aturdido yo, no sabía qué contestarme.

Iba descubriendo además Manolito un don de gentes cual no le he visto semejante en ningún chico de su edad. Sabía inspirar vivas simpatías á toda persona con quien hablaba, y su gracia, su fácil expresión, su oportunidad, daban á su palabra una fuerza convincente y dominadora que le abría las puertas de todos los corazones. Sabía ponerse al nivel intelectual de su interlocutor, hablando con cada uno el lenguaje que le correspondía. Pero lo más digno de alabanza en él era su excelente corazón, cuyas expansiones iban frecuentemente más lejos de lo que los buenos términos de la generosidad piden. Yo tuve empeño en regularizar sus nobles sentimientos y su espíritu de caridad, marcándole juiciosos límites y reglas. También trabajé en corregirle el pernicioso hábito de gastar dinero tontamente, empleándolo en fruslerías tan pronto adquiridas como olvidadas. Imposible me fué quitarle el vicio de fumar, por ser ya viejo en él; pero

trunfé contra la maldita maña suya de estar siempre chupando caramelos, de los cuales tenía lleno el bolsillo. Con esto y el fumar, se le quitaban las ganas de comer; y lo peor era que durante la lección me engolosinaba á mí; y tal imperio tiene la costumbre y de tal manera se apodera de nuestros flacos sentidos cualquier vano apetito, que el día en que, por mi propio mandato, faltaron los caramelos, los echó mi lengua de menos, y casi casi me mortificó aquella falta.

Cuánto me agradecía doña Javiera las reformas obtenidas en la conducta de su hijo, no hay para qué decirlo. Las declaraciones de su gratitud venían á mí por Pascuas y otras festividades en forma de jamones, morcillas y butifarras, todo de lo mejor y abundantísimo; pero tan grande economía resultaba á la señora de Peña de las restricciones impuestas por mí al bolsillo filial, que, aunque me regalase media tienda, siempre salía ganando.

Vestía Manuel con elegancia y variedad, y jamás intenté moderarle mucho en esto, porque la compostura de la persona es garantía de los buenos modales y un principio por sí de buena educación. Como el muchacho era rico y había de representar en el mundo un papel muy airoso, debía prepararse á ello cultivando y ensayando desde luego el aspecto, la forma, el buen parecer, el estilo, pues estilo es esto que da al carácter lo que la frase al pensamiento, es decir, tono, corte, vigor y personalidad. Lo que no me gustaba era verle adoptar algunas veces, con capricho elegante, las maneras y el traje de la gente torera, para ir al encierro, á una expedición de campo ó á visitar la dehesa en que pacen

los toros. Discusiones reñidas y un tanto agrías tuvimos sobre esto; él se defendía con zalamerías, y yo, conociendo que debe dejarse á cada edad, si no todo, parte de lo que le pertenece, y que además es locura prescindir del medio ambiente y del influjo local, transigía, dejando que el tiempo, con las exigencias serias de la vida, curara á mi discípulo de aquella pueril vanidad.

Yo no cesaba de pensar en las dificultades con que Manolito tendría que luchar para abrirse paso en la sociedad y para ocupar en ella un puesto conforme á sus altas dotes. ¡Delicada cuestión! Es evidentísimo que la democracia social ha echado entre nosotros profundas raíces, y á nadie se le pregunta quién es ni de dónde ha salido para admitirle en todas partes y festejarle y aplaudirle, siempre que tenga dinero ó talento. Todos conocemos á diferentes personas de origen humildísimo que llegan á los primeros puestos, y aun se alían con las razas históricas. El dinero y el ingenio, substituidos á menudo por sus similares, agio y travesura, han roto aquí las barreras todas, estableciendo la confusión de clases en grado más alto y con aplicaciones más positivas que en los países europeos, donde la democracia, excluida de las costumbres, tiene representación en las leyes. Desde este punto de vista, y aparte de la gran semejanza política, España se va pareciendo, cosa extraña, á los Estados Unidos de América, y como esta nación, va siendo un país escéptico y utilitario, donde el espíritu fundente y nivelador domina sobre todo. La Historia tiene cada día entre nosotros menos valor de aplicación y está toda ella en las frías manos del arqueólogo,

del curioso, del coleccionista y del erudito seco y monomaniaco. Las improvisaciones de fortuna y posición menudean; la tradición, quizás por haberse hecho odiosa con apelaciones á la fuerza, carece de prestigio; la libertad de pensamiento toma un vuelo extraordinario, y las energías fatales de la época, riqueza y talento, extienden su inmenso imperio.

Pero esta transformación, con ser ya tan avanzada, no ha llegado al punto de excluir ciertos miramientos, ciertos reparillos en lo que toca á la admisión de personas de bajo origen en el ciclo céntrico, digámoslo así, de la sociedad. Si el bajo origen está lejano, aunque solamente lo separe del tiempo presente el espacio de un par de lustros, todo va bien, muy bien. Nuestra democracia es olvidadiza, pero no ha llegado á ser ciega; así, cuando la bajeza está presente y visible, cuesta algún trabajo disimularla con dinero. ¿Quién duda que en ciertos escudos de nobleza podría pintarse una pierna de carnero, un pececillo ó cualquier otro emblema de baja industria? Pero el origen de estas casas se halla ya tan lejano, que nadie se cuida de él, mientras que en el caso de mi discípulo aun subsistía abierto el plebeyo establecimiento, y aquel Manolito Peña tan listo, tan discreto, tan guapo, tan distinguido, tan noble en todo y por todo, tan solía ser llamado entre sus compañeros de la Universidad el *hijo de la carnicera*.

Yo no hablaba con él de estas cosas, pero pensaba mucho en ellas y temía penosas contrariedades. Un día que hablábamos de su porvenir y de sus proyectos, me confesó que andaba algo enamorado de la hija del empresario de la Plaza de Toros, chica bonita y graciosa. Doña Javiera

también lo supo y no pareció contrariada. La niña de Vendesol era de honrada familia, heredera única de una gran fortuna; parecía de inmejorables condiciones morales, y en jerarquía superaba á Manuel, pues si bien los Vendesol habían sido carniceros, la tienda se cerró treinta años ha, y luego fueron tratantes en ganado, contratistas de abastos en grande escala. Doña Javiera veía con gusto la inclinación de su hijo, y con su buen humor me decía:

«Esto parece cosa de la Providencia, amigo Manso. La chica tiene *parné*, y en cuanto á nobleza, allá se van cuernos con cuernos.»

Respetando esta argumentación positivista y cornúpeta, creía yo que la edad de Manuel (que no pasaba de veintitrés años) no era aún propia para el matrimonio, á lo cual me dijo la señora de Peña que para casarse bien todas las edades son buenas. Comprendí que aquel era un asunto en el cual no debía entrometerme, y me callé. Me parecía que doña Javiera estaba rablando por entroncar con Vendesol, personaje de origen bajísimo, que de niño había corrido y jugado con los pies descalzos en los arroyos sangrientos de las calles de Candelario, pero cuya bajeza estaba ya redimida por treinta años de posición rica, honrosa y respetada. La señora y las hermanas de Vendesol vivían en un pie de elegancia y de relaciones que á mi vecina, por motivos de tabla auténtica y visible, le estaba aún vedado. No las conocía más que de nombre y de vista doña Javiera; pero deliraba por tratarlas y ponerse á su nivel, cosa que á ella le parecía muy fácil teniendo dinero. Por Ponce supe un día que se trataba de traspasar la tienda, poniendo punto final al comercio de carne.

Manuel se enzarzaba más de día en día en sus amores, escatimando tiempo y atención al estudio. Dos años y medio llevábamos ya de lecciones, y aunque no se habían enfriado la delicada afición y el respeto que me tenía, nuestra comunidad intelectual era menos estrecha y nuestras conferencias más breves. Nos veíamos diariamente, charlábamos de diversas cosas, y mientras yo procuraba llevar su espíritu á las leyes generales, él no gustaba sino de los hechos y de las particularidades, prefiriendo siempre todo lo reciente y visible. Disputábamos á veces con calor, y decíamos algo sobre las obras nuevas; pero ya no paseábamos juntos. El salía todas las tardes á caballo y yo paseaba solo y á pie. Últimamente, ni en el Ateneo nos veíamos por las noches, porque él iba al teatro muy á menudo y á la casa de Vendesol.

Notaba yo en mí cierta soledad, el triste vacío que deja la suspensión de una costumbre. Habíamos llegado á un punto en que debía dar por finalizada la dirección intelectual de mi discípulo, quien ya podía aprender por sí solo todo lo cognoscible, y aun aventajarme. Así lo manifesté á doña Javiera, que se me mostró muy agradecida. Subía la buena mujer á charlar conmigo á primera noche, y su conversación exhalaba ciertos humos de vanidad, que hacían contraste con su llaneza de otros días. La idea de emparentar con los de Vendesol empezaba á trastornarle el juicio, y como se sentía con fuerzas pecuniarias para hacer frente á una situación de lujo, su vanidad no parecía totalmente injustificada. Era por demás irónico el efecto que resultaba de la grandeza de sus proyectos y del lenguaje con que los traducía, llamando, por

vieja costumbre, al dinero *parné*, al figurar *darse pisto*. Ya más de una vez su hijo había intentado, con poco éxito, traer á su madre á las buenas vías académicas en materia de lenguaje.

Unas cosas me las confiaba doña Javiera claramente, y otras me las daba á entender con discreción y gracia. Lo de quitar la tienda y limpiarse para siempre de las manos la sangre de ternera, me lo manifestó palabra por palabra. Yo lo aprobaba, aunque para mis adentros decía que si la señora continuaba hablando de aquel modo, hallaría para lavarse las manos la misma dificultad que halló lady Macbeth para limpiarse las suyas. Indirectamente me declaró el propósito de legitimar sus relaciones con Ponce, y de conseguir algo que le decorase en sociedad y le diera visos de persona respetable, como, por ejemplo, una cruceilla de cualquier orden, aunque fuera la de Beneficencia, un empleo, ó comisión de estas que llaman honoríficas.

Por aquellos días, que eran los de la primavera del año 80, volvió doña Cándida á darme personalmente sus picotazos. Ella y doña Javiera se encontraban en mi despacho, y no necesito decir lo que resultaba del rozamiento de dos naturalezas tan distintas. Cada cual se despachaba á su gusto: la carnicera, toda desenfado y espontaneidad; la de García Grande, toda hinchazón, embustería y fingimientos. Estaba delicadísima, perdida de los nervios. La habían visto Federico Rubio, Olavide y Martínez Molina, y por su dictamen, se iba á los baños de Spa. Doña Javiera le recetaba vino de Jerez y agua de hojas de naranjo agrio. Reíase doña Cándida del empirismo médico, y preconizaba las aguas

minerales. De aquí pasaba al capítulo de sus viajes, de sus relaciones, de duques y marqueses, y al fin, yo, que la conocía tan bien, concluía por suponerla estampada en el *Almanaque Gotha*.

Cuando mi cínife y yo nos quedábamos solos, dejaba el clarín de la vanidad por la trompetilla de mosquito, y entre sollozos y mentiras me declaraba sus necesidades. ¡Era una cosa atroz! Estaba esperando las rentas de Zamora, y ¡aque!l pícaro administrador!..., ¡qué administrador tan pícaro! Entretanto no sabía cómo arreglarse para atender á los considerables gastos de Irene en la Escuela de Institutrices, pues sólo en libros le consumía la mayor parte de su hacienda. Todo, no obstante, lo daba por bien empleado, porque Irenilla era un prodigio, el asombro de los profesores y la gloria de la institución. Para mayor ventaja suya, había caído en manos de unas señoras extranjeras (doña Cándida no sabía bien si eran inglesas ó austriacas), las cuales le habían tomado mucho cariño, le enseñaban mil primores de gusto, y perfilaban sus aptitudes de maestra, comunicándole esos refinamientos de la educación y ese culto de la forma y del buen parecer, que son gala principal de la mujer sajona. Tenía ya diez y nueve años.

Tiempo hacía que yo no la había visto, y deseaba verla para juzgar por mí mismo sus adelantos. Pero ella, por no sé qué mal entendida delicadeza, por amor propio ó por otra razón que se me ocultaba, no iba nunca á mi casa. Una mañana me la encontré en la calle, junto á un puesto de verduras. Estaba haciendo la compra en compañía de la criada. Sorprendiéronme su estatura airosa, su vestido humilde, pero aseadí-

simo, revelando en todo la virtud del arreglo, que sin duda no le había enseñado su tía. Claramente se mostraba en ella el noble tipo de la pobreza, llevada con valentía y hasta con cariño. Mi primer intento fué saludarla; mas ella, como avergonzada, se recató de mí, haciendo como que no me veía, y volvió la cara para hablar con la verdulera. Respetando yo esta esquivéz, seguí hacia mi cátedra, y al volver la esquina de la calle del Tesoro, ya me había olvidado del rostro siempre pálido y expresivo de Irene, de su esbelto talle, y no pensaba más que en la explicación de aquel día, que era la *Relación recíproca entre la conciencia moral y la voluntad*.

VIII

¡Ay mísero de mí!

¡Ay infelice! Mortal cien veces mísero, desgraciado entre todos los desgraciados, en maldita hora caíste de tu paraíso de tranquilidad y método al infierno del barullo y del desorden más espantosos. Humanos, someted vuestra vida á un plan de oportuno trabajo y de regularidad placentera; acomodaos en vuestro capullo como el hábil gusano; arreglad vuestras funciones todas, vuestros placeres, descansos y tareas á discreta medida, para que á lo mejor venga de fuera quien os desconcierte, obligándoos á entrar en la general corriente, inquieta, desarreglada y presurosa... ¡Objetivismo mil veces funesto que nos arrancas á las delicias de la reflexión, al